



Almagesto - Campeona 2016

Tubérculos

Mariachi Olluco Dinosaurio

Claudia se puso a recordar sus años de estudiante mientras preparaba la cena. Puso el arroz en la olla y se dedicó a picar tubérculos.

Pensó en su graduación, tan emocionada. Primera de la carrera de pedagogía, admirada por todos sus profesores y compañeros. Recordó cómo el sabor dulce del logro se amargó en su garganta en una cita con el ginecólogo la tarde siguiente. El doctor hizo lo que pudo por ponerlo de forma delicada, pero el golpe le llegó como un balazo en la boca del estómago.

No podría tener hijos.

Mientras picaba con furia los **ollucos** para su cena, siguió recordando. Su primer día de trabajo. Tan emocionada había estado algún día por empezar a enseñar. La aceptaron de inmediato en un colegio privado de mucho prestigio, pero ver niños todos los días, lejos de ser la alegría que había imaginado, se volvió una tortura, como un recuerdo de lo que ella nunca podría tener.

Se mordió el labio y siguió picando los ollucos, moviendo el cuchillo con velocidad e ira.

Recordó que sus alumnos estaban lejos de ser lo que había imaginado. Dejaban juguetes tirados por el salón, no escuchaban, nunca leían ni hacían la tarea. En el colorido salón escolar recordaba sus grises salones universitarios y los extrañaba. Acabada la jornada escolar, siempre tenía que quedarse a recoger barbies y **dinosaurios** de plástico. Los odiaba. El protocolo dictaba que los guarde para devolvérselos a los niños al día siguiente, pero ella siempre se los llevaba a la casa y los dejaba en el marco de la ventana en su cocina.

El dinosaurio la observó cocinar y recordar. Metió los ollucos a la olla con el aderezo y la carne. El olor llenó la habitación.

Lo que más odiaba eran las actuaciones – recordó haber tenido que dirigir una en la que vestía a los niños de ***mariachis*** y cantaban y tocaban trompetas de juguete para entretener a los familiares. A los padres les parecía adorable, claro. Ella pensó con amargura, que eran adorables para quienes no tenían que verlos todo el día y recordar que nunca podría tener el suyo.

Suspiró y apagó el fuego. Se sentó a comer.

Cry

Números

Mariachi Olluco Dinosaurio

Nunca me gustaron los números, aun cuando me pasaba la vida contando. Al principio eran operaciones simples: las líneas blancas en la pista, los dibujos en un cuaderno de colorear donde en la portada había un **dinosaurio**, los centímetros que debía crecer para alcanzar a mis hermanos. Luego se volvieron más complejas, más exactas: los centímetros de distancia entre el dobladillo de mi falda y mis rodillas, lo anchas que debían ser mis caderas, lo estrecha que debía ser mi cintura. Con horror me imaginaba en el futuro, contando las onzas en un biberón, las arrugas, las canas.

Fue entonces cuando, durante mi adolescencia, me entregue al acto más vil de canibalismo: una dieta. Pasaba de todo tipo de tubérculos: no más oca, papa, yuca ni **olluco**. Me subía con miedo sobre una balanza, entregándome al juicio de esa perversa máquina, esperando darle gusto a esos números que tanto odiaba.

Nunca me gustaron los números, y se supone que ésta bien. A las mujeres no deben de gustarnos los números, mucho menos las matemáticas. Las mujeres solo sirven para “contar cuentos”, para deleitarse con la música de un **mariachi**, para oler el perfume de las flores. Somos un concepto tan simple, que por eso no podemos entender las matemáticas.

Ahora que lo pienso, seguro tenían razón. Ahora me he convertido en lo que esperaban: una mujer tonta y delgada, una madre modelo que prepara el almuerzo y espera a sus hijos en casa. Viendo a mi niño sentado frente a mí, jugando con los mismos juguetes que yo tenía, con el mismo libro de colorear con el dinosaurio, le deseo sencillamente lo mejor.

Que suerte tiene él por el hecho de tener, una manzana atorada en la garganta.